

Juana Sánchez-Gey Venegas

Universidad Autónoma de Madrid
Juana.sanchez-gey@uam.es

La educación en María Zambrano: su reflexión sobre la persona

Resumen

María Zambrano se ocupa de la educación, tanto como filósofa como en la práctica educativa. De modo especial destaca su tratamiento de la figura del maestro: su vocación y mediación. Las actitudes del aprendizaje como caracteres de la personalidad son también motivo de su reflexión.

Abstract

María Zambrano takes care of the Education as philosopher as well in the educational practice. In special way she out stands the figure of the Teacher: his vocation and mediation. The Learning attitudes as characteristics of the personality are also a theme in her reflection.

Palabras clave

Vocación, mediación, atención, persona, guía

Keywords

Vocation, Mediation, Attention, Person, Guidance

Recepción: 2 de junio de 2014
Aceptación: 26 de junio de 2014

Aurora n.º 15, 2014
ISSN: 1575-5045, págs. 90-99

1. Zambrano, M., *Filosofía y Educación. Manuscritos*, ed. de Casado, A. y Sánchez-Gey, J., Málaga, Ágora, 2007, pág. 149.

2. Sánchez-Gey Venegas, J., «La persona en María Zambrano», en *«Las horas de la filosofía». Homenaje al Profesor Ildefonso Muriello*, Salamanca, Biblioteca Salmaticensis, UPSA, 2013, págs. 101-108.

A menudo se piensa que los filósofos apenas han dedicado su reflexión a la educación por considerarla razón práctica. Sin embargo, en el origen de la filosofía se encuentra de manera propia la *paideia*. Los filósofos modernos como Kant y Hegel atendieron a la educación. De forma peculiar María Zambrano ha reflexionado sobre ello: «La filosofía griega era educativa porque sus filósofos hicieron suya la condición de discípulo».¹

Hemos estudiado la importancia de la persona en la filosofía de María Zambrano.² Nos gustaría centrarnos en la educación y ver su papel en la filosofía educativa, teniendo en cuenta que adentrarse en uno de sus temas supone siempre penetrar también en los otros. La principal aportación filosófica es la razón poética que Zambrano describe «como una gota de aceite» que se expande y nos lleva a comprender desde una experiencia concreta el sentido de la condición humana; así la persona ejerce un papel fundamental en su filosofía, pues es el eje trascendental en torno al cual se vertebra su pensamiento.

Su filosofía tiene una proyección fundamentante: ir desde lo concreto, la experiencia, a lo universal, que supone profundizar en la condición humana de forma integral. Por ello sus preocupaciones serán políticas, filosóficas, religiosas y educativas. Además de las estéticas, preferentemente, en el campo de la música, la pintura y la poesía. Partimos de la concepción zambraniana de entender la filosofía como transformación, la filosofía debe guiar y orientar la vida humana. Ciertamente Ortega le enseñó este camino, pero Zambrano se adentró y se ocupó de desentrañarnos cada una de las dimensiones humanas. Estas dimensiones cuyo centro es la persona.

3. Zambrano, M., *Escritos sobre Ortega*, ed. de Ricardo Tejada, Madrid, Trotta, 2011, pág. 87.

Para comprender la obra educadora de Zambrano tendríamos que tener en cuenta:

- a) Sus maestros: su percepción acerca de ellos.
- b) Sus reflexiones acerca de la educación.
- c) Sus discípulos.

a) Sus maestros: su percepción acerca de ellos

«Somos hijos del sueño», estas palabras son clave para entender que la idea de filiación y la de sueño marcan el pensamiento de Zambrano, su ideal de persona y la apertura a la trascendencia. Si en su pensamiento pervive la filiación, es debido a que se muestra la necesidad de un modelo, tanto el padre como el maestro constituyen la fuerza del ejemplo que trasciende y orienta lo cotidiano.

Solo tiene maestros quien antes se ha reconocido discípulo. María Zambrano se sintió discípula: de sus padres, de Sófocles, de Séneca, de los místicos, de Cervantes, de poetas como Machado, de Unamuno y de Ortega, entre otros. Aunque probablemente a quien más y mejor llamó maestro fue a Ortega. También a aquellos profesores que formaron el claustro de la Universidad Central de Madrid, como fueron Manuel García Morente y Xavier Zubiri. Se consideró discípula porque los amó a todos y reconoció que le hicieron descubrir la importancia de pensar y de preguntar, especialmente de preguntarse.

El pensamiento de un maestro, aunque sea de «filosofía», es un aspecto casi imposible de separar de su presencia viviente. Porque el «Maestro», antes que alguien que enseña algo, es un alguien ante el cual nos hemos sentido vivir en esa específica relación que no proviene tan solo del valor intelectual. La acción del maestro trasciende el pensamiento y lo envuelve, sus silencios valen a veces tanto como sus palabras y lo que insinúa puede ser más eficaz que lo que expone a las claras.³

La relación con Ortega estuvo llena de palabras y de silencios. Estuvo siempre llena de comunicación. Zambrano afirma: «yo me considero su discípula», así dice en *Hacia un saber sobre el alma*, pero también es cierto que no siempre sus palabras le unieron a su

4. Zambrano, M., *La razón en la sombra. Antología crítica*, ed. de J. Moreno Sanz, Madrid, Siruela, 2004, pág. 681.

5. Zambrano, M., *Escritos sobre Ortega*, op. cit., pág. 88.

6. Op. cit., pág. 72.

7. Zambrano, M., *Delirio y Destino*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 2011, págs. 107-108.

maestro: «No ha llegado Ud. aquí (señalándose en el pecho) y ya se quiere ir lejos». María salió de la entrevista llorando por la Gran Vía, y diciéndose: «no saben que D. José ha muerto, y lo que había muerto era mi total discipulado con él».⁴

Posteriormente mencionará a Ortega y a Zubiri en su concepción del maestro y del verdadero discipulado. Se refiere al momento de su salida al exilio: «Allí estaban, cuidadosamente ordenados en unas cajas de fácil transporte, todos mis apuntes de los numerosos cursos de Ortega a los que tuve la fortuna de asistir, junto con otros apuntes inestimables de los cursos y seminarios de Historia de la Filosofía, de don Xavier Zubiri, y con ellos algunas notas mías, modestos ensayos, esquemas de trabajos futuros, todo mi pasado y lo que se me figuraba ser mi futuro filosófico. Nunca he logrado explicarme hasta ahora por qué corté mi gesto de recogerlos, por qué los dejé abandonados allí en aquella casa sola, cuyo vacío resonó al cerrarse la puerta de modo inolvidable».⁵

Zambrano subraya la importancia del maestro, la plantea desde la relación personal, el maestro deja una huella en el discípulo que se refiere no solo a algo que transmite sino a su forma de ser y vivir como persona. Defiende la veracidad y la autenticidad del maestro porque la ejerce desde su persona, y no por la materia que enseña, sino que es un ejercicio más propio de la razón ética. No hay dependencia, pues el maestro ha de ayudar al alumno a que crezca y madure y, especialmente, a que aprenda a pensar por sí mismo. Aunque Zambrano siempre afirmará que a pensar se aprende desde una tradición.

... no creo que nadie haya acudido a sus lecciones bajo la preocupación académica de ganar cursos, grados, oposiciones..., y si alguien lo hubiera hecho, estamos seguros de que antes de los primeros diez minutos de oír su lección habría ya olvidado su objetivo. [...] sus lecciones eran, en efecto, lecciones universitarias; pero algo en ellas rebosaba y trascendía de su carácter científico y rigurosamente objetivo, algo que parecía dirigirse, pasando por el estudiante, a la persona humana.⁶

Señala, especialmente, una virtud personal del maestro: la confianza en el alumno. «Los maestros de verdad son así, sí, le ven a uno mejor que uno mismo, le entienden porque le piensan mejor de lo que es.[...] Y “así” había sido tratada por Ortega cuando fue su alumna. No es que le hiciera sentir que ella valía gran cosa, pues hay algo más importante para el joven que el valer, y es el ser. Y nos sentimos ser de jóvenes, y tal vez siempre, cuando nos sentimos mirados y escuchados.»⁷

En estos recuerdos de sus estudios universitarios, María reconoce en sus maestros un sentido muy peculiar: aportar a los alumnos el sentido de su vida y la unidad de su ser. En Zambrano la razón poética es

una razón unitiva. Y junto a ello: el despertar de la conciencia con la voluntad de servicio. Su concepción de la persona es la de ser capaz de ayudar a otros, de aprender a convivir, de crear fraternidad, porque si no es así, entonces no es posible hablar de humanismo. Sin esta base tampoco puede hablarse de un elemento esencial del maestro, que es el gozo de vivir esta vocación de enseñar. Gozar al ofrecer al alumno cuanto sabe.

Poseer un modelo de conducta es esencial para ejercer el acto educativo. Zubiri en su artículo «Filosofía del ejemplo» así lo dice, porque piensa que el conocimiento consiste en la intuición del modelo de pensamiento, posteriormente lo llamará formalidad de la realidad, pues «el verdadero educador de la inteligencia es el que enseña a sus discípulos a ver el “sentido de los hechos”, la “esencia” de todo acontecimiento»,⁸ y Hannah Arendt, por su parte, valora la autoridad moral de un maestro, en cuanto que solo se puede crecer y desarrollarse emocionalmente si podemos medirnos ante alguien. Zambrano escribe «La fuerza del ejemplo» y señala que podríamos reconocer el ejercicio educativo de un maestro en el ejemplo, porque apela a la conciencia y esto siempre es más que mimetismo.

Ahora bien, hemos de preguntarnos por el quién de esa apelación y veremos que es un valor, ya sea la verdad, la fraternidad o la justicia, pero siempre encarnados en una persona. La fuerza está en la persona. «Pues que toda humana persona es ante todo una promesa. Una promesa de realización creadora»;⁹ así se comprende mejor aquel deseo de saber, propio de la naturaleza humana, que Aristóteles propone, pues el ser humano desea saber en cuanto desea fundamentalmente ser.

Podría medirse quizás la autenticidad de un maestro por ese instante de silencio que precede a su palabra, por ese tenerse presente, por esa presentación de su persona antes de comenzar a darla en modo activo. Y aun por el imperceptible temblor que la sacude. Sin ello, el maestro no llega a serlo por grande que sea su ciencia. Pues que ello anuncia el sacrificio, la entrega.¹⁰

Resulta, entonces, que el acto educativo requiere de ejemplaridad, requiere de alguien que transmita el contenido de la realidad porque antes la ha conocido y la ha vivido. Ha hecho de este conocimiento una experiencia de vida. El maestro interioriza la verdad y la trasciende en su entrega a los discípulos.

No tener maestro es no tener ante quien preguntar y, más hondamente todavía, no tener ante quien preguntarse. Quedar encerrado dentro del laberinto primario que es la mente de todo hombre originariamente; quedar encerrado como el Minotauro, desbordante de ímpetu sin salida. La presencia del maestro que no ha dimitido —ni contradimitido— señala un punto, el único hacia el cual la atención se dispara. El alumno se yergue.¹¹

8. Zubiri, X., «La filosofía del ejemplo», en *Filósofos españoles en la Revista de Pedagogía (1922-1936)*, ed. de Casado, A. y Sánchez-Gey, J., Tenerife, Idea, 2007, pág. 384.

9. Zambrano, M., *Filosofía y educación. Manuscritos*, ed. de Casado, A. y Sánchez-Gey, J., op. cit., pág. 101.

10. *Ibidem*, pág. 117.

11. *Ibidem*, págs. 117-118.

12. *Ibidem*, pág. 118.

13. *Ibidem*, pág. 170.

En nuestra experiencia quedan solo aquellos momentos que han sido verdaderamente educativos, en los que el toque personal se adentra en nuestra alma y se descubre un horizonte nuevo que aúna el saber y el sentido del saber. La verdadera educación es también relación personalizada. Se origina un aprendizaje que, a menudo, dura toda la vida, porque la senda ha quedado abierta; el maestro desvela el horizonte y hasta señala el modo. Al discípulo le queda recorrer el camino. El maestro despierta inquietudes y sugerencias; si se opaca, entonces oculta el tesoro de la educación: «transmitir la verdad a alguien». Y solo puede transmitirla quien se ha empapado de esa misma verdad.

Y el maestro ha de ser quien abra la posibilidad, la realidad de otro modo de vida, de la de verdad. Una conversión es lo más justo que sea la llamada la acción del maestro. La inicial resistencia del que irrumpe en las aulas, se torna en atención. [...] Ignorancia y saber circulan y se despiertan igualmente por parte del maestro y del alumno, que solo entonces comienza a ser discípulo. Nace el diálogo.¹²

La vocación del maestro surge en su interior, Zambrano no solo busca la verdad al modo agustiniano sino que, como aquel, aspira a la trascendencia, que supone la apertura al Absoluto y al otro, al alumno. El maestro sabe con certeza que puede llegar hasta el alumno y ayudarlo a que descubra horizontes más amplios y verdaderos, sabe que el alumno crece mejor ante esa mirada del maestro. El maestro conoce el peligro de una formación neutra, porque los seres humanos somos seres morales, nunca neutros. Por tanto, toda vocación tiene un sentido y una dirección, que es la apertura a los más altos valores cuya síntesis es el amor. El maestro enseña también la comprensión de la realidad, en todos sus aspectos, sin reduccionismos ni exclusiones. A Zambrano le interesa pensar la realidad, la cual no puede evadirse ni ser neutralizada. La realidad hay que descubrirla, pues su conocimiento verdadero lleva aparejado el conocimiento de la persona y su realización. En «La actitud ante la realidad» (1965), Zambrano expone que la filosofía consiste en la pregunta sobre la realidad, por ello es importante la condición de la persona, porque solo desde esa actitud, unitaria e íntegra, se puede comprender a sí misma y el mundo en que habita. La base se encuentra en la condición moral y educativa de todo ser humano.

En un bello artículo sobre la madurez elogia la figura del maestro con estas palabras: «Sean los últimos años de la actividad de un maestro que ofrece a sus discípulos la totalidad de su mente y de su alma en cada una de sus más sencillas palabras».¹³ García Morente habló de las virtudes del maestro: sabiduría, dedicación y abnegación. En estas breves palabras de Zambrano parece condensado el espíritu de aquel decano de la Universidad Central de Madrid en la Edad de Plata de la cultura española.

b) Sus reflexiones acerca de la educación

María Zambrano trata muchos temas relevantes acerca de la educación. Nos vamos a referir a algunos que consideramos muy centrales en su obra: la escucha, la atención, el ejemplo, entre otros grandes temas.

La escucha. Siempre que hay maestro también hay un discípulo que escucha. Zambrano entiende la educación como la comunicación entre un maestro y un discípulo; ahora bien, la comunicación requiere no solo hablar, también es preciso escuchar. Por ello, dedica algunos artículos al silencio. Pues los dos elementos imprescindibles de toda escucha en la educación son: el maestro y el aula, en ambos coexiste el silencio. En el caso del maestro, porque para serlo, se necesita vivir una compenetración con el alumno y esta se adquiere mediante una atenta escucha. En el aula porque también es lugar de escucha. En la escucha hay siempre admiración, pues solo aquíeta sus sentidos quien desea aprender, y ese momento de quietud es el inicio de un revivir y de un despertar a aquello que se enseña. En el aula se origina esta magnífica relación.

En el vacío del aula sucede algo; algo que va más allá de lo que se aprende materialmente en ellas. Muchos de los que por ellas han pasado tal vez no adquirieron tantos conocimientos como fuera menester. Pero les sucedió algo en la frecuentación de las aulas; algo esencial para ser hombre se les enseñó en ellas: a oír, a escuchar, a atender, a dejar que el tiempo pase sin darse cuenta queriendo entender algo, abrirse al pensamiento que busca la verdad.¹⁴

Sus artículos «La Guía, como forma del pensamiento» (1943) y «La confesión: género literario y método» (1941) confirman este sentido de la educación como escucha atenta del discípulo hacia el maestro, pues el maestro es el Guía junto al cual el discípulo se sienta para escucharle y aprender. La enseñanza es personal y así se contagia una forma de ser y una forma de vivir, como gustaba decir María Zambrano. Pues desde esta relación personal el corazón va transformándose y así se aprende un horizonte nuevo. Es la propuesta de un nuevo humanismo. En su pensamiento político se ha hablado de «la humanización de la historia», también podemos citar «la humanización de la educación». Entendiendo que el humanismo no es solo acercamiento al hombre concreto en su cotidianidad sino que supone defensa de la transcendencia, vivir la esperanza de saber que el ser humano es educable, que puede crear un mundo mejor. Pues la esperanza en Zambrano es más que un sentir, constituye el nervio vital del ser humano.

La esperanza es hambre de nacer del todo, de llevar a la plenitud, lo que solamente llevamos en proyecto.¹⁵

La atención. En 1964 Zambrano escribe dos artículos sobre la atención, pues parece que es una actitud propia de la escucha

14. *Ibidem*, pág. 173.

15. Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1989, pág. 94.

16. Zambrano, M., *Filosofía y educación. Manuscritos*, op. cit., pág. 61.

17. *Ibidem*

y así es. Ahora bien, nos interesa subrayar que incide, sobre todo, en la persona. La atención propia de la persona que quiere crecer en su humanismo, en el desarrollo de su interior en cuanto sabe que crecer personalmente tiene que ver en su cuidado a los otros, que se prodiga en el respeto.

La atención es fruto del vivir unitivo; para Zambrano —como hemos dicho— la razón poética es unitiva y así cuando la persona vive la unidad interior, y no es un alma dispersa, entonces su atención se hace múltiple, es realmente enriquecedora y le lleva además a vivir de forma integradora su condición de apertura.

La atención es la apertura del ser humano a lo que le rodea y no menos a lo que encuentra dentro de sí, hacia sí mismo.¹⁶

La atención no solo es intelectual. Decimos que es unitiva porque nace de la intención que une en sí a un intelecto atento y a una voluntad firme. Esta unidad personal proporciona a la persona el crecimiento integrador de un pensamiento y sentir al unísono; para Zambrano la razón poética es integradora, así cuando la persona vive la unidad interior, y no es un alma dispersa, entonces su atención se hace múltiple, es realmente enriquecedora y le lleva además a vivir de forma potenciadora su condición de apertura.

La atención, como tal vez todo lo que podamos distinguir en la psique y en la persona humana, se da en círculos concéntricos. Se diría que a mayor unidad de la persona —ya que el oficio de la llamada persona es la de unificar—, cuanto más lograda sea la unidad de la persona, la atención se da en mayor número de círculos. La atención es múltiple.¹⁷

La atención es un atributo de la conciencia humana que Zambrano entiende como estructura receptiva porque abre la conciencia, tanto si es espontánea como voluntaria, a la claridad. Conocer a una persona, dice, es comprender la dirección que sigue su atención. Y esto es importante en la educación. En el caso de la atención voluntaria, es preciso entrar de lleno en la educación, labor del maestro y del discípulo, pues indica atención deliberada y sabemos que para atender a algo adecuadamente hemos de desatender a algo otro. Así dice Zambrano: «Pues paradójicamente se trata ante todo de quitar y no de poner», esta acción es verdaderamente educativa porque la educación significa transformación del corazón y aspiración a conquistar valores de convivencia y fraternidad, así como progreso moral de los pueblos, entonces se necesita saber muy bien con qué elementos hemos de contar y cuáles no caben o no valen para poder alcanzar dicho proyecto. Así dice Zambrano:

Entonces la primera acción será una especie de inhibición, paradójicamente, una retirada del propio sujeto para permitir que la realidad, ella, se manifieste. Y en ese punto la atención ha de hacer una limpieza de la

mente y del ánimo. Ha de llevar la atención al sujeto al límite de la ignorancia, por no decir de la inocencia.¹⁸

La atención es una actividad propia del vivir humano, a la que hay que educar a fin de obtener el mejor partido. Una persona educada es una persona atenta, que cuida su atención y sabe elegir el objeto al que debe atender. Zambrano dice: «La atención es en cierto modo la misma conciencia». Incluso la asemeja a la esperanza, porque la atención es ávida, hambrienta, busca una finalidad, aspiración auténtica de la condición humana: apertura a la esperanza.

La libertad. Es una preocupación básica al tratar a la persona. Zambrano entiende la libertad como la capacidad humana de reconocer el fin que proporciona el sentido a la vida. Para comprender este sentido la persona ha de conocerse bien a sí misma y ser capaz de renunciar a todo lo que la encadena para hacer posible vivir la libertad. Esta es la verdadera libertad y no la libertad naturalista, que suprime el esfuerzo, porque exalta solo la espontaneidad meramente impulsiva, y se aleja del verdadero aprendizaje que busca conocer la consistencia de la libertad. Rechaza esa libertad psicológica que no alcanza la ética. Esta última es una libertad creadora, que surge «como potencia y posibilidad de creación, como esfera de una existencia personal, como condición del espíritu».¹⁹ La libertad es potenciación del espíritu para alcanzar la plenitud humana, no es únicamente una condición psicológica, que se entiende solo como «dejar hacer» ni tampoco es una estrategia, sino que al elegir el hombre condiciona su vivir porque puede trascender y aceptar lo mejor para sí y para los demás.

La libertad no consiste en dar rienda suelta a los sentimientos o a las emociones, porque entonces no se está contando con el espíritu, que es quien está capacitado para elegir lo mejor. Ahí radica el verdadero acto de libertad. Y así dice: «Libertad para decidir un quehacer. Libertad y vocación. ¿No será ese terreno de la vocación el adecuado para entender desde él el sentido de la libertad en el hombre?».²⁰

Muchos años después, Zambrano habla de la libertad cuando se le concede el Premio Cervantes (1988) y rememora el Quijote y su idea de persona, aquella que sueña siempre y renace del fracaso, porque también del fracaso el ser humano aprende, y queda el renacer: «El que adviene cada vez que un hombre íntegro vuelve a salir, al alba, al camino».²¹

c) Sus discípulos

María Zambrano creó escuela. Por una parte, hoy son muchos los investigadores que estudian su obra, además hay otros tantos que han seguido y siguen su pensamiento, a la manera que Zambrano había predicado con su ejemplo: no de forma mimética, sino de forma creadora, pero con sus raíces en el pensamiento de la maestra.

18. *Ibidem.*

19. Zambrano, M., «Sobre una educación para la libertad» (1934), en *Filósofos españoles en la Revista de Pedagogía (1922-1936)*, op. cit., pág. 405.

20. *Ibidem*, pág. 409.

21. Zambrano, M., *Delirio y destino*, Madrid, Fundación Ramón Areces, 2011, pág. 324.

22. Colinas, A., *Papeles de Almagro. El pensamiento recibido*, Madrid, Zero zyx, 1983, pág. 104

Como una vez nos dijera el poeta veleño Joaquín Lobato, los discípulos de Zambrano están fundamentalmente entre los poetas y escritores. Sin ánimo de ser exhaustivos señalaremos a conocidos poetas metafísicos, entre los que cabe distinguir a José Ángel Valente, José-Miguel Ullán, Antonio Colinas y Andrés Sánchez Robayna, entre otros. Escritores como Lezama Lima y Octavio Paz.

Elegimos a *Antonio Colinas*, que es el más universal de los poetas de estos momentos y que teniendo, claro está, voz propia, sin embargo nunca ha dejado de reconocer de entre sus maestros a: Vicente Aleixandre y a Zambrano. En efecto cuando se lee su obra muchos de los temas y preocupaciones de Zambrano están también presentes en Antonio Colinas, poeta y escritor. Pues el poeta no se cansa de recrear y hasta de exponer que la poesía está cerca de la vida y que la poesía busca el pensar unido al sentir. La poesía busca la verdad de la vida. De María Zambrano subraya especialmente tres obras, que también nosotros consideramos claves, *Hacia un saber sobre el alma* (1950), *El hombre y lo divino* (1955), y *Claros del bosque* (1979); las cuales, ciertamente, marcan el comienzo de su obra, su madurez y la etapa última y lograda de su final. María Zambrano escribió en 1990 que la poesía de Antonio Colinas «no se perdería» porque la había elaborado «paso a paso» en el tiempo y unida a la experiencia de su vivir.

En efecto, el propio poeta parte siempre de lo cotidiano porque entiende la poesía como una forma de ser y de vivir, lenguaje también zambranianiano para poder interpretar la realidad. A Colinas le gusta recordar las palabras de la filósofa que dicen que poesía y vida van unidas y que la poesía logra alcanzar aquello que le cuesta encontrar a la filosofía. Por ello, la poesía de Colinas es una vía de emoción y de intensidad acerca de los grandes temas: amor, muerte, lo sagrado. Por tanto una poesía metafísica que Zambrano siempre cultivó en su reflexión.

Aún más, la filósofa encuentra en el pensamiento una forma de orientar la vida y una forma de salvación, y también Colinas admite que la poesía es un modo de salvarse a través de la palabra. Solo la palabra recrea la realidad y la poesía es búsqueda de la palabra nueva. Palabra también que alcanza la realidad trascendente, no solo lo que se ve con los sentidos externos. Por eso escribe como testimonio-vocación, como vía del conocimiento y para conocerse mejor, a fin de encontrar la plenitud. Temas propios de la metafísica y de la metafísica experiencial de Zambrano. La experiencia arraigada es la única que genera conocimiento y armonía, de este modo, tanto en la filósofa como en el poeta, encontramos que palabras como paz, recogimiento, quietud y silencios impregnan su obra creadora, que por ser creadora también es humanista, como gustan de exaltar.

Antonio Colinas valora la unión de filosofía y poesía en Zambrano, «La palabra de María Zambrano nos hace libres porque está amansada, controlada, por la razón»²² y se siente, como ella, heredero de los

místicos españoles. Pues la poesía se sitúa en la consciencia que nos pone en camino al interior y al exterior de un viaje que trasciende hasta la plenitud de ser. En esa búsqueda el poeta también acude al paraíso perdido de la infancia al encuentro de la luz originaria que aporta siempre conocimiento: «revivir la infancia, cuando todo era infinito».

La poesía, en fin, es silencio que habla, palabra creadora y siempre nueva, quietud y armonía, cerrar los ojos para ver por dentro, porque, como decía Zambrano, de lo concreto hay que ir a lo universal, que es siempre lo más sencillo y acogedor de todo lo humano. Antonio Colinas propone también el humanismo, como síntesis de una poesía que aúna emoción y pensamiento; en María también se aúnan delirio y razón, historia e intrahistoria, cristianismo y república. La poesía es la única manera de comprender a los seres humanos y a la naturaleza, mientras que un pensamiento abstracto se aleja del mundo. Pensar y sentir es el modo de calibrar la realidad finita del yo y su ansia de plenitud.

Conclusión

María Zambrano fue filósofa y educadora. Pues tuvo clara conciencia de la pregunta que hemos de hacernos acerca de la realidad y puso voluntad de transmitir ese saber a todos cuantos la rodearon. La pregunta surge de lo más íntimo de la persona y solo desde esta vivencia es factible la educación, que es comunicación honda y real entre personas. En este sentido se centra en la vocación y en la medición del maestro, porque no le cabe duda de la influencia benefactora del maestro sobre los alumnos. El acto educativo lo es porque lo ejerce una persona con convicción profunda sobre su papel en la enseñanza. Lo contrario es dejación de responsabilidad o, peor aún, abdicación de los más nobles derechos de la persona que se refieren al deseo de vivir en plenitud y contribuir a un mundo mejor para sus semejantes.

Llama poderosamente la atención que autores como Antonio Colinas u Octavio Paz busquen la verdad poética en la unidad indisoluble de persona y vida, herencia que María Zambrano selló con su vida y su obra.